

EL ENANO SALTARÍN

Cuento a cuenta

«Quien escribe para los niños corre el peligro de quedar contaminado de puerilidad».

J.L. Borges.

Qué bien le sienta la muerte a Jorge Luis Borges!. Está como rejuvenecido, más jovial y reidor que en vida. Su condición terrenal de ciego ha desaparecido —los fantasmas no tienen sentidos— aunque él lo disimula y sigue mirando erráticamente a un horizonte misterioso.

Hace muchos meses vino a pedirme prestado un libro, una de esas ediciones descatalogadas ya, imposibles de hallar. Le recordé que alguna vez él había dicho algo así: quien presta a un amigo un libro, pierde amigo y pierde libro. Se exculpó diciendo que muchas cosas que se le atribuían no eran sino refranes populares o doctas sentencias de lejanos sabios chinos. Titubeante y pícaro, como si se decidiera a compartir un secreto demasiado divertido para un único espíritu, me dijo:

—Por si acaso le dejaré a cuenta del libro un cuento. Precisamente un cuento de enanos.

Y añadió sonriendo:

—No se preocupe... es un cuento pequeño..

Me pidió un jerez en copa alta. Yo avivé el fuego y me arrellané en mi sillón. Comenzó su cuento con voz grave, cadenciosa y dulce.

«Había una vez un joven enano que vivió en un enorme zapatón de charol, en el corazón del bosque. Un buen día decidió marchar a conocer el ancho



JÁNELES FERRER

mundo. De modo que se encasquetó su gorro amarillo y comenzó a andar y andar. Durante dos años no vió a persona alguna, sólo árboles, pájaros y alguna ardilla temerosa. El bosque

parecía no acabar nunca. Se calzó su último par de zapatos y siguió caminando.

Una tarde, desanimado, se sentó en un tronco de un abeto caído. ¿Dónde empezará el mundo?. ¡Qué ganas de salir del bosque!. Estas y otras cosas semejantes andaba rumiando nuestro minúsculo adolescente, cuando vió acercarse por el sendero, lentamente, a un enano. Era un viejo tocado con un raído gorro amarillo y con una blanca barba que se movía al andar, como el péndulo de un reloj. Llegado que se hubo a donde estaba, le dijo:

—Hola. Triste me parece...

—Lo estoy —le contestó el joven sorprendido—. Salí a conocer el mundo y no alcanzo a salir de este bosque que más me parece prisión... Y usted ¿a dónde va tan alegre?

—Pues yo vuelvo a mi añorada casa de charol, en el corazón del bosque. Y vengo del ancho mundo... No te preocupes: este tronco es el umbral del mundo, aquí empieza tu aventura. Y aquí acaba la mía...

—¿Quién eres? —le preguntó el joven al ver que el viejo se alzaba para marchar.

—Mi nombre es el tuyo. Cuando vuelvas al bosque y dejes atrás el mundo, pasarás de nuevo junto a este árbol caído. Y aquí encontrarás a un joven triste porque no conoce aún el mundo... Tú vas con prisa, yo vuelvo despacio. Pero los dos estamos quietos, lo único que se mueve sin parar, como mi barba, es el tiempo».

Este era el cuento que me dejó en prenda Jorge Luis Borges. Y como no me ha devuelto el libro, aquí lo cuento.

El Enano Saltarín